

HABLA FELIPE GONZALEZ

FELIPE no es marxista, y no lo niega. Cuando está en Madrid, y hasta que llegue el gran día de la resurrección, tras el pequeño calvario del XXVIII Congreso, su lugar preferido es la sexta planta de la sede del partido en García Morato, donde aguarda la hora de volver a arengar a sus huestes.

Conserva Felipe González ese don para el discurso rápido y claro que únicamente poseen los auténticos tribunos, y se le notan tablas en la manera de torear determinadas cuestiones que en la España de hoy parecen tener la misma solución que tuvieron en otros tiempos: es decir, ninguna.

La cautela es otra de sus armas. "Felipe, de verdad, de verdad, ¿eres optimista?". "Mira, soy relativamente optimista, pero igual te podría decir que soy relativamente pesimista".

Al final de la entrevista, ya con el magnetófono cerrado, se siente más a gusto y relajado. Suelta algunos tacos y reconoce que aceptó el choque frontal en el XXVIII Congreso: el que abrió la caja de Pandora del partido.

Hablamos de la solidaridad que este país necesitará posiblemente en el futuro. "El llamamiento a la solidaridad del país —subraya en un momento de la charla— pasa por un depósito de confianza en las personas y en los partidos políticos. Para eso se necesita una gran autoridad moral, y el Gobierno actual no la tiene".

No cree Felipe en el golpe de Estado militar. "No hay condiciones internas ni externas para una involución política. Todo golpe de Estado obedece a una coherencia interna que no se da en España. Me parece falsa la idea de que los golpes de Estado son operaciones secretas. Todos son cantados". "El Ejército no tiene interés en un golpe de Estado —añade—. ¿Por qué habría de interesarse al Ejército hacer eso?".

Así termina una conversación que duró casi dos horas, ante la larga mesa de trabajo contigua a su actual despacho. En García Morato sigue siendo el primer espada, y todos, hasta él mismo, lo saben.

La polémica interior del PSOE encubre una lucha por el poder

FERNANDO MARTINEZ LAINEZ

—Algunos miembros de la ex Comisión Ejecutiva —entre ellos Gómez Llorente— empiezan a hablar del "felipismo", y dicen que es incompatible con la democracia interna. ¿Qué es eso del "felipismo"?

—Debe ser algo así como el marxismo (se ríe)... Alguna razón tienen cuando hablan del "felipismo", pero no tienen razón si dicen que eso es incompatible con la democracia interna del partido, porque, como también ha dicho Gómez Llorente, yo nunca he sido responsable de eso. Pero es un problema grave, y tienen razón los compañeros del partido al plantearlo, porque no está resuelto, y en España menos aún, porque todavía la articulación política es muy frágil y la penetración de las instituciones políticas en la sociedad es muy reducida.

—¿No crees que te ha perjudicado el que la prensa de derechas se haya volcado defendiéndote después del veintiocho Congreso? Has quedado como el "bueno" y el "moderado" para la derecha, y eso te puede hacer daño...

—Sí, porque hay una cierta tentación de simplificar. Lo curioso es que tiene titulares de prensa todo lo que sea, en este momento, un ataque contra mí. O sea, que hay una prima que se otorga a una serie de compañeros por el hecho de que digan que están contra mí. Yo en eso soy bastante relativista, como en muchas otras cosas. Practico una cierta heterodoxia conmigo mismo que no me importa seguir practicando, tenga el coste que tenga. Por eso, yo casi nunca caigo en la tentación de utilizar el concepto de "prensa burguesa" en tono despectivo. La prensa es la que hay, y efectivamente no es de izquierdas. Es más bien una prensa controlada por la derecha, por mucho esfuerzo que hagan los profesionales. Pero no utilizo ese apelativo simplificador y despectivo al mismo tiempo que practico el intentar salir como sea en la prensa, o incluso contabilizar, como sé que hacen algunas personas, la cantidad de veces que salen en esa prensa burguesa. Hay una buena reflexión de

Máchado: "Para ganar una batalla no sólo es necesario tener de nuestra parte a una serie de gente, sino que hace falta tener el menor número de enemigos posibles". Es fundamental, desde el punto de vista de la estrategia política, intentar que los que están en frente de uno sean los menos, y que el antagonismo sea el menor, para ganar la batalla.

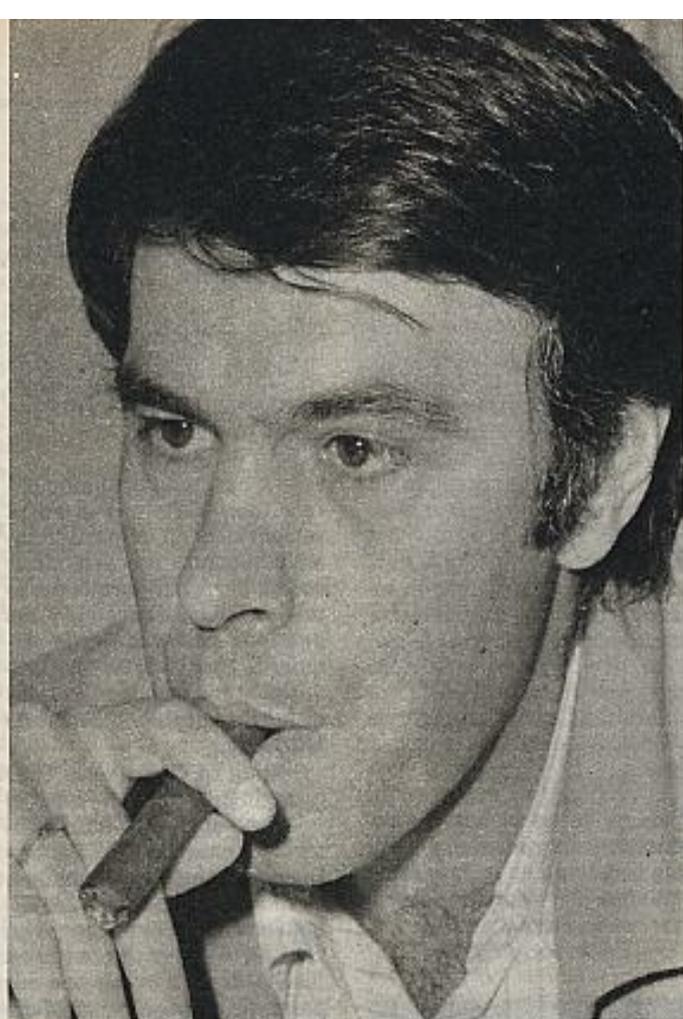
—Sin embargo, es de suponer que una política socialista, en el momento de ser aplicada, tiene que provocar el enfrentamiento con esos sectores que ahora, quizá por oportunismo histórico, te colman de elogios.

—No es verdad. La derecha en España está practicando una política a la italiana, lo cual quiere decir una política que tiende a desfavorecer al Partido Socialista Obrero Español. Frente a esa comparación, que me parece supersuficiente en relación con el PSOE y UGT durante los últimos dos años, las otras valoraciones no resisten el mínimo análisis crítico. Lo que tú planteas tiene interés

desde un punto de vista ideológico, y responde a un análisis escolástico de lo que es la teoría marxista. Un análisis escolástico que yo he hecho durante muchos años. En esta sociedad siguen viviendo bien una minoría, y siguen viviendo bastante mal una inmensa mayoría, lo que pasa es que los factores de marginación no son ya los factores clásicos de marginación. No es sólo la explotación del salario o del señor que está en paro, es también la marginación en materia cultural, o en materia de libertad en multitud de campos, donde la gente quiere una dinámica de cambios, y los socialistas tienen que responder a esa dinámica.

—Pero todos esos factores de marginación que mencionas van concatenados. Al final, la explotación termina siendo global.

—Las contradicciones fundamentales siempre son globales, pero las contradicciones secundarias son de una complejidad total. Evidentemente existe cada día mayor control sobre el conjunto de la



"Llamar al marxismo socialismo científico y ciencia es una tontería".

sociedad de grupos monopolísticos u oligopolísticos de poder, pero, al mismo tiempo, el resto de la sociedad está cada día más diversificada, y no más homogénea, como algunos pretenden. Ese fue uno de los grandes errores de la valoración marxista. No es verdad que frente a una sociedad que cada vez concentra más poder en pocas manos, el resto de la sociedad cada vez tenga menos poder y esté más unido dentro de la pauperización, de la proletarización. No hay más que asomarse a la puerta de la calle para saberlo.

—Algunos de tus críticos han señalado lo que pudiéramos calificar de "gran paradoja" del veintiocho Congreso. Se aprueba una ponencia política que determina tu dimisión, y, pese a todo, la mayoría de los congresistas aclaman a Felipe González. Parece un rasgo de inmadurez política...

—A lo mejor no tanto. Es posible que los compañeros, metidos en la dinámica de la discusión política, hayan llegado a unas conclusiones que

rebasaban, con mucho, sus propias apreciaciones de la realidad. Es posible también que hayan tenido la tentación de ir todo lo lejos que se pueda porque después se confía en que hay personas que van a interpretar el Congreso en sus justos términos. Entonces, lo que aparece como contradictorio puede ser sintético entre un deseo de radicalización (que está en el fondo de todo el mundo, porque la sociedad es muy injusta) y la necesidad de hacer de esas posiciones unas posiciones viables para la sociedad.

—Hay una frase de Gómez Llorente: "Si Felipe González abandona el PSOE, en quince días habrá un partido socialdemócrata". ¿Es eso una calumnia?

—No creo que se haya dicho como calumnia. Ni siquiera creo que haya nadie que piense que sería yo el que hiciera el partido socialdemócrata, porque una cosa es que yo no fuera secretario general del PSOE y otra que me vaya de este partido. Yo de este partido no me voy

como no me echen. Quien diga eso, probablemente está a mi derecha, porque, de todas las personas que han participado hasta ahora en el debate, a muy pocas personas conozco que estén a mi izquierda desde una posición socialista. No quiero entrar en debates personales, pero estaría dispuesto, después del próximo Congreso, a analizar caso por caso.

—En el país existe un hecho grave que tú habrás captado. Existe un desencanto político que ha invadido a amplios sectores de la sociedad, y no sólo los juveniles. Quizá los cuarenta años de Franco y luego el consenso han tenido la culpa. En cualquier caso, el abstencionismo electoral es muy alto para un país que debería estar ansioso de votar. ¿Qué está pasando?

—Estoy de acuerdo en que hay una disociación entre las preocupaciones del pueblo y las de la clase política. Yo, personalmente, no tengo motivos de desencanto. Pero existe esa disociación, porque, probablemente —y este es el gran error del Gobierno—, no hay establecidas unas prioridades que son absolutamente necesarias para construir el edificio democrático. Prioridades que hay que atender, porque son las que el pueblo siente, y en política no se puede hacer nada si no es algo conectado directamente con el pueblo. De tal manera que se puede hacer el Tribunal Constitucional, pero, al mismo tiempo, tienes que establecer la prioridad de luchar contra la violencia y contra el paro. Como contra la violencia es difícil luchar, te queda un frente de recuperación de confianza ciudadana, que es la lucha contra el paro: ese es el frente que queda. Si no abres ese crédito popular, ¿quién garantizará que se vaya a mantener esta dinámica de cambio sin un desencanto brutal, que es la semilla sobre la cual va a fructificar cualquier intento de involución política? Eso es lo que creo que está ocurriendo, y por eso, por encima de algunas tentaciones tecnocráticas, hay que hacer un plan de emergencia para combatir el desempleo. Eso lo hemos dicho en plena cam-

paña electoral, cuando tratamos de explicar que hace falta combatir el paro, y para eso es necesario un incremento de la autoridad moral. Cuando explicamos esto se nos entendió mal y se dijo que no era un programa de izquierdas. Es un programa para sacar adelante la democracia, y sacar adelante la democracia es la mayor necesidad de la izquierda. Y eso pasa por un plan muy rápido de lucha contra el paro y contra la crisis económica.

—Pero para eliminar el paro y la desconfianza ciudadana y hacer que el país recobre el pulso, se necesitan, seguramente, una serie de medidas radicales que no se ven por ningún lado.

—Estaban contenidas en los acuerdos de la Moncloa, que nadie ha leído. Es una de las grandes tragedias de cualquier publicación que en este país supere los diez folios. Había una serie de contrapartidas del Gobierno que suponían reformas de estructura importantes en la economía y que no se han cumplido salvo en algunos aspectos.

—O sea, que el Gobierno firma pactos que no cumple, y el Partido Socialista es impotente para alterar la situación.

—El Partido Socialista no es el poder. Si el Partido Socialista Obrero Español hubiera sido mayoritario, entonces se le podrían pedir responsabilidades, pero en la oposición no es justo pedirse las.

—¿Y qué hay de esos rumores de un Gobierno de coalición UCD-PSOE para el otoño?

—Todavía no he oído decir a nadie del Gobierno que estén preparando un Gobierno de coalición.

—Es decir, que el PSOE no ha previsto un Gobierno de coalición en los próximos meses.

—Yo creo que no. Por lo menos no tengo conocimiento de que lo haya previsto. Tengo mi juicio de valor sobre lo que debe ser un Gobierno de coalición. En política hay que pensar siempre cuál es el paso siguiente al paso que se da en este momento, y creo que el paso siguiente a un Gobierno de coalición, en el caso

HABLA FELIPE GONZALEZ

de que éste no tenga éxito, es difícil de imaginar.

—Hablemos otra vez del marxismo. ¿Cómo es posible insertar un partido de clase en la sociedad sin una definición ideológica clara? Pienso que la discusión planteada en el PSOE sobre el marxismo era y es importante, independientemente de la conclusión a la que se llegue.

—Sí. Es importante la discusión sobre el marxismo. Lo que ocurre es que este partido tiene cien años de existencia y durante noventa y ocho ha sido definido como un Partido Socialista, y todo el mundo sabía cuáles eran sus señas de identidad. Y, sin embargo, en su definición nunca se ha incluido que el socialismo sea igual al marxismo. El socialismo es un concepto más amplio que el marxismo. Eso es lo que he tratado de defender durante mucho tiempo, y no se me ha entendido nunca suficientemente, porque nunca se traslada con exactitud todo lo que digo. ¿Es el marxismo un elemento definitorio del socialismo? Yo creo que es un elemento de análisis, una aportación teórica y metodológica que tiene su importancia para mucha gente, y, sin duda, para la historia del socialismo. ¿Pero tiene el marxismo la importancia suficiente como para definir al partido? Yo creo que no. Y creo también que nosotros tenemos muy poco que enseñar y mucho que aprender. Lo cierto es que no hay ni un solo partido que se defina marxista en todo el espectro socialista. A lo mejor me sacan un ejemplo contrario: el portugués. Si quieren lo utilizamos como ejemplo.

—Me extraña que hace tres años, en el veintisiete Congreso, se aprobara el término "marxista" sin objeciones aparentes por tu parte. ¿Qué ha ocurrido para que ahora te opongas de una manera tan radical a la inclusión del marxismo en la definición del partido?

—En mil novecientos setenta y cuatro se propuso por primera vez, y yo me opuse. En el setenta y seis se propuso por segunda vez, y yo no estuve en ese debate, lamentablemente, porque me hubiera opuesto. Cuando hay quien

dice que yo quiero llevar el partido a la derecha, digo: bueno, pues como quería Pablo Iglesias, que jamás aceptó que se incluyera el término marxista en la definición del partido. Así es que no me anden con coñas de purezas históricas, porque nunca hubo nadie en el Partido Socialista que aceptara que se definiera al partido como marxista. Cuando no hay nadie, además, que pueda decir lo que es el marxismo. Cada uno da su interpretación. Por consiguiente, el marxismo, que en sí mismo no tiene definición, no puede ser elemento definitorio. No se puede llamar al marxismo ni socialismo científico ni ciencia, que eso es una tontería que no resiste ya el mínimo análisis crítico, y está totalmente superado por los mejores pensadores del marxismo.

—El cambio económico —lo has dicho varias veces—

no debe ser a base de estatalizaciones, sino autogestionario. ¿Pero eso es posible en un encuadre capitalista?

—La gente no sabe lo que es la autogestión, y la reduce, simplemente, al control social de algunos medios económicos. La autogestión es un concepto genérico que engloba la participación democrática en la sociedad, en la cultura, en la política y en la economía. Es una articulación de la participación democrática en todas las direcciones. Cualquier mecanismo de profundización de la democracia debe llamarse un mecanismo autogestionario, es decir, de transformación de la sociedad.

—Pero la propiedad pública de los bienes de producción, distribución y cambio (señalada en el Programa Máximo del partido) debería ser un objetivo...

—Es una aspiración.

—¿La polémica ideológica del PSOE encubre una lucha por el poder?

—Sí, sí. En todo partido político muchas veces se articulan posiciones ideológicas en función de la negociación de parcelas de poder. No hay ni un solo partido que se escape a esta regla.

—A casi todo el mundo parece interesarle que el PSOE se convierta en un partido socialdemócrata de corte clásico. La derecha, porque así lo cree más domesticado, y los partidos marxistas de izquierda porque un Partido Socialista revolucionario les quitaría adeptos. ¿Estás de acuerdo?

—No. Yo creo que la UCD está interesada en que el PSOE no amplíe su base electoral, y creo que el Partido Comunista está interesado en ocupar el espacio de la socialdemocracia, como hace en Italia. Esa es la verdad histórica, otra cosa son las palabras que se dicen. El Partido Comunista estaría interesado, objetivamente, en que el Partido Socialista fuera un partido muchísimo más radicalizado, y que fuera ocupando un espectro político mucho más reducido, en tanto el propio Partido Comunista ampliaba su espacio político, ocupando el lugar del socialismo democrático. Esa es la verdad histórica de este país, lo demás son coñas marineras que se dicen, pero no se sienten. ¿Está interesada la UCD en que el PSOE se socialdemocratice? Ni de broma. Otra cosa es que lo digan hasta la saciedad.

—Pero mucho menos puede interesarle un Partido Socialista revolucionario con el espectro de la lucha de clases encima.

—Sí, y con un cincuenta por ciento menos de votos. Eso no le interesa al PSOE en absoluto. Mira, yo creo que el partido tiene que ser un Partido Socialista, no socialdemócrata ni socialmarxista, en el que convivan marxistas y no marxistas. Un partido fuerte, que no pierda su vocación de transformación de la sociedad, pero que actualice esa vocación en un proyecto político capaz y concreto. Eso es lo que tiene que ser nuestro partido. ■ F. M. L. Fotos: MANUEL AGUSTIN.



"El Ejército no tiene interés en un golpe de Estado".